

MARCO TULLIO BRUNI CELLI



En primer lugar debo decir que coincido con el Profesor Marta Sosa en algunas de sus apreciaciones, pero en el curso de mi intervención señalaré algunos puntos de desacuerdo con sus planteamientos.

La coincidencia fundamental está en lo que Marta Sosa acaba de decir: **la social-democracia da gran importancia a lo programático**. Dejando a un lado cualquier concepción dogmática y poniendo especial atención al pensamiento político de occidente, es bueno comenzar cualquier análisis de la materia que nos ocupa por precisar **qué es ideología**. En mi criterio, ideología no es sólo una interpretación del hombre y de la historia, sino que puede verse como un conjunto orgánico de principios orientadores de programas concretos para ser puestos en marcha en una sociedad particular. Pienso que la base ideológica de un partido democrático moderno se afirma en realidades y en programas de acción orientados a cambiar estructuras y a promover acciones hacia metas deseadas y posibles. Una ideología que no toma en consideración los problemas sociales, las demandas y las expectativas, los elementos definitorios de lo que pudiéramos llamar la "idiosincrasia nacional" tiende a aislarse de las masas y a convertirse en una mera iusón, sin vocación ni posibilidades de realizarse. Por eso es que he sostenido que la vigencia de una ideología se mide por su capacidad para interpretar las realidades históricas y sociológicas, ponerlas junto a los principios y, con ellos y en base a ellos, transformar las demandas en programas de acción realista, realizables.

¿Por qué hago estas precisiones?. Tanto para justificar mi acuerdo con lo que acaba de señalar

Marta Sosa en el sentido de que la social-democracia tiene un gran contenido programático, como por la existencia de un hecho evidente que quiero destacar: si miramos al mundo de los procesos políticos, vemos que uno de los grandes errores cometidos por los partidos y los movimientos en general (muy particularmente en América Latina, al extremo de que se señala que la crisis de la democracia en el continente está ligada a ese fenómeno) ha sido la obstinada actitud de importar filosofías, probablemente muy buenas para otras sociedades, pero inadaptables a las nuestras. Y frente a esto creo que precisamente una de las razones que pueden señalarse para explicar el importante y decisivo papel jugado por Acción Democrática en el desarrollo de la Venezuela contemporánea es el hecho de que a lo largo de sus cuatro décadas de existencia, y antes aún, desde los días de su gestación (ARDI, ORVE, PDN) los esfuerzos y voluntad de sus fundadores, y de quienes luego serían sus grandes líderes, se orientaron a organizar un movimiento que en sus principios y programas estuviese directamente vinculado a la realidad nacional, y capacitado por enfrentar con éxito y resolver los problemas de Venezuela.

En 1932, el entonces joven de 24 años Rómulo Betancourt, en carta dirigida a compañeros suyos, afirmaba: "Si nuestra realidad es distinta, distinta debe ser nuestra táctica de lucha. Otra cosa sería poner los pies en tierra, andar por las nebulosas, y por esas regiones deben andar los lunáticos, pero no los hombres con sentido de realidad", y a renglón seguido decía Betancourt entonces que esos lunáticos son aquellos que "nos critican diciendo que pretendemos crear una izquierda autónoma, a lo

que nosotros no tenemos sino que responder que somos demasiado realistas para importar el socialismo marxista con el mismo criterio servil y colonialista de los abuelos del año 10, cuando trasplantaron a América las Constituciones jacobinas, sin previamente adaptarlas a nuestra realidad, distinta a la europea". Y ese mismo año, en otra carta dirigida desde Costa Rica a amigos suyos, Betancourt, decía lo siguiente: "no es papel y tiempo inútilmente perdidos los que se dedican a la discusión de los problemas del país. Tengo la convicción plena, rotunda, de que hacemos más por Venezuela tratando en esa forma por plantearnos desde aquí los problemas que mañana vamos a resolver como parlamentarios y como hombres de Estado". Fue así, del estudio de esa realidad venezolana, iniciada entonces por aquel grupo de jóvenes, como se penetró en el conocimiento de las circunstancias históricas y socio-económicas que "determinaban" el despotismo, la dependencia, la injusticia social, la carencia de participación y de instituciones políticas democráticas, y fue de esa manera, del estudio de esa realidad, y de la interpretación de ella que nació para Venezuela un sistema de ideas coherente, comprensible, realizable, aplicable, con el fin de adelantar el proyecto socio-económico de cambio que ha venido conduciendo Acción Democrática a lo largo de estos años.

Ese proyecto socio-político **coincidió** (y subrayo la palabra coincidió) con los principios fundamentales de la social-democracia. Aun cuando Betancourt ya para entonces había leído a los clásicos del pensamiento socialista en general y de la social-democracia en particular (Kausky, Berstein, etc.), no hubo en él la intención de copiar modelos,

pero sí la coincidencia en la postura crítica frente al marxismo como teoría, y frente a los dictados dogmáticos de la Tercera Internacional y de su sucursal americana, el llamado "Buro del Caribe".

Esos principios de la social-democracia con los que efectivamente coincidió desde el comienzo el proyecto socio-político de Acción Democrática, pueden ser resumidos así: **primero**, la consideración de que la democracia no puede concebirse como una simple estructura política sino como un proceso válido y necesario para toda la vida social; **segundo**: que bajo ningún respecto la libertad puede sacrificarse, limitarse o amenazarse legítimamente en nombre de una promesa de justicia hacia el futuro; y **tercero**: que la libertad y la justicia deben operar juntas, mediante la idea de que el socialismo es democrático o no es socialismo, y de que la democracia política sólo adquiere autenticidad cuando se complementa con la democracia social, y que la libertad sólo se realiza plenamente por la igualdad que hace posible disfrutarla. Para concluir que la democracia debe asegurar el mayor grado posible de igualdad en la distribución de la propiedad, del bienestar, del ingreso y del acceso al poder y a la cultura.

Desde estos puntos de vista, la social-democracia define sus programas, de allí la justificación de su contenido programático. Las otras coincidencias de Acción Democrática con la social-democracia fueron en la conformación de sus estructuras y en la definición de sus estrategias. Frente a la concepción marxista del partido uniclasista, se planteó la necesidad de una alianza orgánica de sectores sociales (trabajadores de la ciudad y del campo y de sectores medio progresistas) para crear un

movimiento político transformador, o para emplear las palabras de Marta Sosa, "un movimiento político orientado a la modernización". En cuanto a la estrategia de lucha, los fundadores de Acción Democrática asimilaron los conocimientos ofrecidos por la historia y observaron nuestra propia realidad: antes que una revolución, en el sentido de confrontación de clases y destrucción del capitalismo por la violencia, se planteó un **sistema de reformas sucesivas** que pudiera conducir a la transformación social y política necesaria. El Plan de Barranquilla es el primer documento político venezolano que emplea la palabra "**reformismo**", al decir "**este Plan es apenas reformista**". Los comunistas de entonces atacaron duramente el Plan de Barranquilla, llamando traidores a sus redactores. El Grupo ARDI (Asociación revolucionaria de Izquierda) fue entonces calificada por Miguel Otero Silva como "Agrupación Reformista de Intelectualoides". La historia ha demostrado, en muchas partes, y en Venezuela muy especialmente, que no es posible sostener la tesis de la **revolución o nada**. Aquí la transformación no estaba planteada por vía revolucionaria, sino por el camino de las reformas.

El reformismo no sólo tiene una justificación histórica, sino que también la tiene en el plano teórico.

Así, las revoluciones, tal como las plantea el esquema marxista, son muy raras en el mundo. Para darse es necesario contar con un marco de condiciones objetivas difícil de lograr. Es por eso que las grandes transformaciones en muchas sociedades se han producido fundamentalmente por la vía del reformismo.

Desde el punto de vista teórico repetiré aquí lo que he afirmado en más de una ocasión: reforma y revolución no son procesos que se contraponen, ni siquiera es posible encontrar una línea divisoria clara entre ellos. Ambas implican cambios hacia una misma dirección. La diferencia debe encontrarse fundamentalmente en la velocidad y no en la intensidad de los cambios. Y la velocidad es un asunto de recursos, de oportunidades, de estrategias. Allí donde no están dadas las condiciones objetivas para producir un proceso revolucionario, los cambios sólo pueden conducirse por la vía de las reformas.

La coincidencia ha tenido consecuencia a través de los años. Si en 1931 el Plan de Barranquilla hablaba de reformismo, en 1976 Betancourt, en entrevista concedida a Alicia Segal, publicada en el libro "Venedemocracia" afirma "somos y seguimos siendo orgullosamente reformistas".

21

Sobre esos principios, y en base a esas estructuras y estrategias, la social-democracia venezolana, representada por Acción Democrática ha conducido un proceso de cambio sociopolítico, que acusa diferencias de ritmo a través del tiempo y de las oportunidades.

De 1945 a 1948 condujo rápidamente un intenso cambio socio-económico, el más intenso hasta ahora registrado en la Venezuela del siglo XX; se realizó una transformación de las estructuras del Estado, un aumento sustancial del gasto social; se aumentó el número de sindicatos legalizados; se comenzó la reforma agraria y la industrialización; se convocó al pueblo a elecciones generales; se hicieron esfuer-

zos para sanear moralmente la administración pública; se creó la primera empresa petrolera nacional, se puso en ejecución el principio de no más concesiones y se alcanzó por vez primera la igualdad de participación en las ganancias de la industria petrolera, etc. Pero vale la pena analizar las secuelas de aquel proceso de cambio. Produjo una paralización: de un lado... las fuerzas progresistas, dirigidas por Acción Democrática, que luchaban por el cambio socio-económico y por la difusión de una nueva cultura política; y por el otro, los grupos que no se resignaban a perder los privilegios, que todavía no habían asimilado la necesidad del cambio, a quienes les resultaba inadmisibles el juego democrático. Ese enfrentamiento, explicable dentro de cualquier modelo de modernización política, condujo a la quiebra de las nascentes instituciones democráticas.

22

Después de 1958, recuperada la libertad y de nuevo con responsabilidades de poder Acción Democrática, se continuaron los cambios sin alardes innecesarios. Las reformas continuaron, pero se cambiaron las estrategias. La coalición de entonces no fue un esquema para complacer a los adversarios o para hacer ejercicio de comodidad política ante presiones circunstanciales. Fue difícil formarla y mantenerla. Mediante hábil política frente a otros contendores de poder Betancourt logró institucionalizar el sistema de reconciliación de elites que hizo posible el inicio de la estabilidad democrática. Escalonó la acción del gobierno, dominó y orientó el proceso, estableció un lógico orden de prioridades, sentó las bases para mayores cambios, y todo esto en circunstancias particularmente difíciles, enfrentando no sólo a los resabios dictatoriales civiles y militares de derecha, sino también al extremismo de izquierda que entonces inició la subversión armada. Betancourt se dio cuenta de que no era posible hacer todo de una vez. Una estrategia distinta habría movilizó a muchos oponentes al mismo tiempo. Creo que combinó en forma magistral, la audacia con la prudencia. De no haber sido así quizá la democracia no hubiera sobrevivido. Actuó consciente de su responsabilidad política, y logró conocer sin exageraciones, las limitaciones que las circunstancias oponían a la acción de su gobierno. Se apartó de esquemas rígidos; escogió

métodos, técnicas y oportunidades para los cambios requeridos; estructuró desde arriba la situación para poder influir sobre los participantes en el escenario político. No cultivó la técnica del revolucionario que estimula la rigidez de la política, sino la del reformista que estimula su fluidez y adaptabilidad.

Desde entonces, en estos años, sin desconocer que el proceso se ha visto frenado por factores limitantes, se ha producido en Venezuela un proceso de democratización política con ciertos cambios en el orden socio-económico. Sería irresponsable actitud de negar que también ha habido ciertas desviaciones del proceso.

Los próximos años serán de acción socio-económica más profunda, una vez que se termine la revisión crítica del proceso tal como se ha registrado. Se imponen, entre otros, dos cambios de concepción: **sobre la idea del desarrollo**, que no puede seguir siendo medido sólo por el crecimiento de las magnitudes productivas, sino por sus efectos sociales; y **sobre la idea de la participación**, que no puede seguir siendo formal o declarativa. A la primera nos proponemos desarrollar con una democracia proyectada hacia el bienestar; a lo segundo, con el sistema de cogestión a todos los niveles, incluyendo a los centros de poder del Estado.

Por otra parte creemos que es tiempo de comenzar a revisar el esquema iniciado en 1958 en cuanto a la toma de decisiones y a la participación de los distintos sectores en el proceso. Las experiencias democráticas de 1936 a 1945; y de 1945 a 1948, no obstante sus grandes diferencias, tuvieron un punto en común: ninguna de las dos fue capaz de lograr el necesario consenso entre las élites políticas para el mantenimiento del sistema. Esto produjo las consecuencias que conocemos: el final violento del sistema: los sucesos del 18 de octubre de 1945, y los del 24 de noviembre de 1948. La dictadura reconcilió las élites: al final de la dictadura, en 1957, todas las élites críticas ya estaban convencidas de que sus posibilidades de acción estaban limitadas y que sólo podrían lograrse bajo un régimen de libertades públicas. Esto creó el **sistema de reconciliación de élites** existente desde entonces.

El hecho, sin embargo, de que nuestra democracia haya renacido en 1958 sobre las bases de la **reconciliación de las élites** en nada compromete su naturaleza, ni la legitimidad de su origen. Después de todo esta es una de esas muy raras y escasas fórmulas a través de las cuales pueden iniciarse los regímenes de libertades públicas en sociedades que, como la nuestra, han estado secularmente sometidas a gobiernos autocráticos. Lo que alarma y angustia

es que a más de dos décadas del 23 de enero todavía nuestra democracia siga dependiendo, como originalmente en 1958, para su existencia y funcionamiento, de acuerdos tomados por encima, antes que del afecto y del entusiasmo de los sectores populares. La persistencia y rutinización de este **sistema de reconciliación de las élites** pone en peligro no sólo la existencia sino también la esencia de la democracia. Fue, sin duda, una fórmula necesaria para una situación distinta. Pero si no queremos distorsionar el proceso debemos evitar a todo trance caer en la peligrosa desviación de la "democracia aristocrática" de que habló Robert Mitchels, y comenzar cuanto antes a desarrollar un nuevo modelo de democracia con amplia participación, con distribución de poder y de recursos.

Sobre estas bases, con esta concepción crítica y pensando en la afirmación programática de los principios de la social-democracia, entramos a esta tercera década de la democracia venezolana. Sólo la perfeccionaremos en la medida en que la hagamos eficiente, honesta, audaz, sensible ante los problemas del país, seria y racional en la administración de sus recursos, más dispuesta a enfrentar los retos que les están planteados. La vivienda, la educación, el petróleo, la producción de alimentos, la dependencia tecnológica, la distribución de la riqueza, la marginalidad, la producción y la productividad, etc. son apenas algunas de sus visibles compromisos.

Hay un último aspecto que no quiero dejar de tocar, pues aquí fue mencionado por Marta Sosa: **el proceso de desideologización**. Soy un convencido de que este proceso está produciendo graves consecuencias entre nosotros. No sólo distorsiona la visión de la sociedad que queremos y que podemos, sino que está tocando al contenido ético de la democracia venezolana. Soy un convencido de que en un partido o en un líder político con vocación de poder, toda debilidad ideológica conlleva casi necesariamente una debilidad ética. Quien tiene poder pero no una clara concepción de qué debe hacer con él, corre el riesgo de sucumbir a tentaciones de cualquier naturaleza. Creo que un debate sobre ideología y ética deberá plantearse responsablemente entre nosotros.